

VANIDADES, PIRATAS Y OPORTUNISTAS

Por Harold Alvarado Tenorio

Coincidiendo con la inauguración de la novena edición de la Feria del Libro de Bogotá, los medios de masas anuncian la conmemoración de los cien años del suicidio de José Asunción Silva y la eventual guerra, de miles de libros que han sido retenidos a los llamados impresores piratas.

Este año la Feria del Libro está dedicada a Francia, país exportador de bienes culturales y de libros como ninguno otro. Parece que vendrán a este encuentro varios escritores de ese país y un buen número de cocineros y/o "críticos de cocina", esa nada generosa *table* cuya base es la mantequilla y que tanto aprecian los rancios y ricos capitalinos. El comité organizador de la feria anuncia además la realización de un *Seminario sobre la unidad y diversidad en la Literatura Colombiana Contemporánea* y un *Encuentro Internacional de Escritores*.

La internacionalidad de este último quizás este dado por el hecho de participar algunos franceses, pero no encuentro en los listados escritores de otros ámbitos lingüísticos diferentes al español y el francés, y en lo relativo al español, sólo doy con el nombre de un chileno y un mexicano. Los demás participantes son los mismos escritores colombianos de siempre, catalogados entre Estrellas y Delmontón. Los primeros son cinco o seis gatos, los segundos unos trescientos, que con una paciencia digna de Job colaboran año tras año con la organización de las ferias, así nunca reciban el reconocimiento y la gloria.

En el *Seminario sobre literatura colombiana* el grueso de las intervenciones ha sido asignada a un grupito de profesores universitarios que se ha destacado en los últimos tiempos por inventar *The New Colombian Literatura*, en especial *The New New Novel*, que no parece ser tan nueva pues los autores que se destacarían en esa promoción rondan ya los sesenta años con

libros publicados, ciertamente, hace más de quince.

Tengo la impresión que con excepción de Jean Braudillard, que es una vedette actual del llamado pensamiento posmoderno, el resto de los participantes franceses son más promotores de las editoriales que tienen tienda en la feria, que escritores de rango. Francia, a pesar de lo que pueda creerse en contrario, también está padeciendo un enorme letargo cultural, causado quizás en buena parte por la fascinación que sus clases altas y medias sienten hacia los hábitos y mitologías culturales de las masas yanquis. Además, sus escritores ya no son más, como sucede entre nosotros, aquellas figuras rutilantes de las ideas y la creación que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial y los días de la revolución de Mayo del 68. No quisiera ser un aguafiestas pero esas listas de escritores franceses parecen integrados más por amigos de Alvaro Mutis que por figuras importantes de la poesía, el ensayo y la narrativa de la Francia de hoy, que a decir verdad, en su mayoría están en provincia o en otros países francófonos, del Caribe o el África. La Francia Cultural que ha venido a nuestra Feria de las Vanidades está cortada por la tijera de los mezquinos intereses personales de la hoy directora de Colcorrupta, ayer no más, ay, jefe cultural del ministerio de relaciones exteriores.

Celebrar el suicidio de una persona, por muy importante que ella haya sido, no deja de tener algo de macabro, cuando no de perverso. Conmemorar los cien años de ese suicidio, ridiculizando de una y varias maneras la vida de ese difundo, un acto de demencia. Eso es lo que terminó siendo todo ese desperdicio de dinero que ha costado al erario público, por intermedio de la Corporación La Candelaria, Colcultura, el Banco de la República, la Federación de Cafeteros y Corferias, el insoportable *Año Silvano* organizado por Doñas María Mercedes Carranza & Genoveva Carrasco y su *Maison Silva*.

Hablando en serio, como se dice ahora, José Asunción Silva no da para tanto. Silva era, hasta la invención de esa Casa Silva que dio empleo de por vida y por muerte a la poeta Carranza, un personaje más de la lamentable vida colombiana y un ejemplo de lo que puede pasarle a un petimetre pobre cuando se las da de poeta en un medio ignorante y reaccionario. Y servía de caballito de batalla a los idiotas útiles para seguir lamentándose de esa ausencia de vida y ambientes culturales ciertos que hemos vivido todos los siglos de existencia como país. Pero no creo que nadie se hubiese comido el cuento de que era uno de los grandes poetas de la lengua. Hasta esos delirios no llegó ninguno de sus estudiosos, como el profesor Orejuela y el biógrafo Santos Molano, que han dedicado buena parte de sus vidas al estudio de la obra del suicida.

Hace tiempos sabemos que si de poetas de verdad se trata, los únicos que merecen figurar como artistas de importancia continental son Guillermo Valencia y Julio Flórez, ambos, los dos, despreciados con inquina e ignorados con odio por la clase dirigente colombiana. A Valencia no se le perdona haber sido uno de los ejemplares más reaccionarios de nuestra historia intelectual. Y a Flórez su radicalismo y su trágico sentimiento popular de la vida y la existencia. Fueron estos dos escritores los que han dado un lugar a Colombia entre la galería de magníficos poetas que ofreció el Modernismo, y esos nichos, en especial el de Valencia, no podrá derrumbarlos ni con mil años de existencia doña María Mercedes.

Valencia es el gran poeta colombiano del siglo que termina, así no nos gusten su vida y menos sus ideas. Y si con la fanfarria en torno a Silva se pretende borrar del todo a Valencia y a Flórez a Silva sí que se le hacen bien pocos honores con ese billete que celebra sus cincuenta y tantas ejecuciones judiciales por deudas o sacándole vestido de aviador, disfrazado de Chaplin y otras cosas por estilo, que dice la Casa Silva, "circularán" como

carruajes del pasado por las autopistas de Francia, España, México y los cientos de embajadas colombianas, a donde irán a quedar arrumados para siempre esos miles de libros, discos, películas y músicas pagadas con la plata de todos nosotros. Ridiculeces y más ridiculeces ha sido todo este Centenario de Mentiras o "elevación, generalmente del espíritu", digno de los tiempos que vivimos.

* **

La anunciada hoguera de miles de libros capturados a los editores piratas es sin duda otra ironía del destino estos días. Mientras los multimillonarios editores venden a precios exorbitantes las mercancías de moda, los piratas del libro corren todos los riesgos posibles prestando un servicio social a quienes no tienen cómo adquirir esos textos que las grandes editoriales imponen como necesarios. Tanto unos como otros son precisamente eso: comerciantes de libros, con la atenuante, para los piratas, de estar ofreciendo a precios módicos los libros que ahora valen miles de pesos. Sin los editores piratas no sabrían los colombianos de la existencia de Cortázar, Eliot, Kavafis, Brines, Gil de Biedma, Vargas Vila, Bolívar, Che Guevara, Miller y tantos otros- heterodoxos a quienes los muy conservadores editores legales colombianos detestan y desprecian.

Los libros piratas no tienen la culpa de que sus editores no cumplan la ley y creo que ningún juez de la república, por muy maleducado que sea, permitirá tal magnicidio. Esos libros deben regalarlos a las pobres bibliotecas escolares y universitarias. Quemar libros es un acto de barbarie que no podemos repetir en el continente. Además, como dice un dicho oriental, no hay paraíso sin serpiente. En asuntos culturales no puede haber censura de ninguna índole. Los pobres de Colombia necesitamos de los editores piratas.

La Prensa, Bogotá, Domingo 12 Mayo 1996